## Psicologia andante

A muchos les atraera, en una ciudad de esparcimientos veraniegos, la observa-ción del pequeño mundo elegante, lo que se llama-no sabemos por qué-la sociedad; pero este mundillo es igual en invierno que en verano, igual ante el mar que ante la montaña, igual en una gran ciudad que en una reducida ciudad estival.

La observación de este clan social pronto está hecha; visto y catalogado un ejemplar de uno de los tales veraneantes, están catalogados y vistos todos. No nos afanemos por observar lo que no vale la pena de ser observado; encaminemos nuestros pasos hacia otra parte. Lo importante, lo instructivo, lo que llega à ser hondamente estético y de un hondo valor sociológico, es observar en un país aquellos hombres en los cuales podemos encontrar un refiejo de la historia de ese país, de su pasado, de la raza nativa y originaria de él, aun de su arte y aun de su paisaje; hombres en los cuales se cumple—en la parte que tiene de exacta—la frase de un eminente geógrafo de que el hombre es un «accidente» de la tierra.

Pues seguir y estudiar y observar uno de estos hombres-accidentes, uno de estos hombres que llevan en si una particula de la historia, el arte, la raza, el paisaje de León, de Burgos, de Aragón, etc.; estudiar y seguir á uno de estos hombres, que no son eminentes en nada, que son vulgares, pero que tienen lo que los mundanos y cosmopolitas no tienen, vale para nosotros tanto como registrar un archivo, repasar un libro clásico ó visitar un monumento histórico. En esta ciudad veraniega-San Sebastián —donde tantas gentes acuden desde las montañas y riberas aragonesas y desde las llanadas y estepas castella-nas, el estudio en rivo de la tradición es-pañola, de la nacionalidad castellana, es sumamente fácil y supera en interés-como no nos cansaremos de repetir-á la contemplación de las idas y venidas, tráfagos y evaluaciones de parlamentarios, mundanos, deportistas y telaranistas de

Acompañenos el lector un momento en una breve excursión de psicología... veraniega. Un tipo de veraneante, un forastero, entre tantos forasteros, ha llamado nuestra atención en los pasados días. Se trata de un clérigo. El primer día que le vimos, apenas reparamos en él; le acompañaban otras dos personas; estaban los tres, silenciosos, inmóviles, junto al mar, en un paraje apartado del bullicio ciudadano. Es un cura vasco-pensamos;-un cura acaso de la misma costa vasca; el pueblecillo donde viva estará cerca de San Sébastián; habia venido hoy por la mañana y se marchará á la noche ò mañana; se halla en este paraje, por donde apenas transcurre gente, à causa de su amor à la soledad y al silencio...

No pensamos más aquel día en que vimos por primera vez a nuestro clérigo.. que todavia no era nuestro, es decir, que aun no se había incorporado á nuestro espiritu, ni á través de quien no nos habian dicho nada una raza, un arte y un paisaje. Pero no precipitemos los sucesos. Algo de esta primera entrevista, ó mejor, vista, habia quedado en nosotros: el haber hallado á este clérigo en un lugar retirado, lejos del estrépito de la ciudad. De cara al mar, el cura y sus dos acompafiantes, contemplaban en silencio el mar.

Segunda visión, al siguiente día: ante el mar también, en otro paraje igualmente discreto y apartado, volvemos á encontrar á nuestro forastero. Este clérigo,pensamos ahora, - gusta decididamente del mar. No puede ser un cura de un pueblecillo de la costa vasca; si lo fuera, estaría cansado de ver el mar, y caso de ponerse a contemplarlo, lo que le atraeria seria, no este mar libre y bravio que rompe en las rocas, sino el mar urbano de la Concha, el mar de los bañistas, el mar elegante. Este cura, --seguimos pensando, -puede ser vasco, pero del interior, no del litoral. Ya mas interesados en este pequeño problema de psicologia, reparamos en los dos acompañantes del misterioso clérigo: son una mujer, ya anciana, y un mozuelo. La mujer va sencillamente vestida, con un traje casi negro; el chico lleva un boina, un trajecillo de pana y unas gruesas botas. La indumentaria de la mujer puede ser tanto de una moradora de la tierra vasca como de la tierra castellana, ó de la andaluza ó de la extremeña. Pero en el traje del mozalbete, - en estos estrechos pantalones de pana, especialmente, -hay algo que no es vasco. Y en general en uno y otro personajes existe un matiz de sequedad, de rigidez que no pueder ser producto de este clima dulce y suave, blando, de cielo bajo. ¿Y el cura?

Ahora vemos mejor al cura; sus hábitos aparecen limpios, sencillos; ni son hábitos de un cura remilgado, atildado, ni en clego tosco, desaliñado. Lo que resalta de esta sotana y en este ropon es lo que constituye el supremo lujo, de más alto buen gusto: la limpieza. La faz de nuestro clérigo va cuidadosamente afeitada; es de piel ruda, recia, soleada, morena; son regulares y limpias las facciones; en esta cara resalta la nariz: una nariz noble, suavemente encorvada, que hace resaltar unos labios ligeramente gruesos, sensuales. Se descubre en este hombre la energia, la simplicidad, la rudeza de quien se halla

constantemente en contacto con la tierra, viviendo en pleno campo; pero al mismo tiempo formando contraste con tal rudeza y siendo extraordinariamente realzado por ella, un espiritu de inteligencia, de firmeza, de penetración aguda y constante. Un rasgo postrero que acaba de completar el retrato: nuestro clérigo lleva sobre los hombros un amplio gabán negro, obrado de recio paño, que cae por toda la figura hasta el suelo en lineas simples, severas, y que contribuye à dar à la cabeza de nuestro retrato todo su aire de elegancia, de severidad y de expresión. Pensad en los viejos castellanos, ó aragoneses, con sus recios ropones, que Rosales ha puesto en su Testamento de Isabel la Cató-

Tercera y última visión ó etapa de esta andante psicología: durante algunos dias hemos podido comprobar que la tierra aragonesa da á la ciudad veraniega un copioso acarreo de forasteros. Cuando una vez más hemos encontrado a unestro clérigo, siempre ante el mar, siempre en contemplación de la infinita llanada, nos hemos acercado más al grupo y hemos procurado escuchar, no lo que hablaban el clérigo y sus acompañantes, sino cómo hablaban. Nuestras sospechas estaban ya sentadas del lado de Aragón; esta faz física y fuerte á la vez, no podía ser más que aragonesa; esta nobleza y al mismo tiempo esta sutilidad no podian haber sido producidas por la tierra que dió nacimiento à un Gracian y à un Fernando V. Cuatro palabras escuchadas al azar, cuatro palabras de neto dejo aragonés, nos han confirmado en nuestras conjeturas. Ya el problema está resuelto: esta cara es la misma cara de Alfonso VI que vemos en la magnifica medalla que se guarda en el Museo Arqueológico; y la psicologia que revela esta faz tan fuerte y sutil podrá resumirse, sin duda, en la frase de Gracián hablando de Fernando V: «Su excelencia fué hacer la guerra con pólvora sorda». O sea: ductilidad, cautela, comprensión, inteligencia.

Ahora pensand en el noble y austero paisaje aragonés: en aquel paisaje que otro aragonés de casta—Don José Mor de Fuentes—ha pintado tan admirablemente en su novela La Serafina, haciendo entrar por primera vez, de una manera moderna, el paisaje en la literatura castellana.

San Sebastián, agosto.

## Cotidianas

Bien quisiera hablar de ese pasmoso memorión que según aseguran sus paisanos deja en mantillas al famoso calculador Inaudi, con la ventaja de que á la memoria é intuición del guarismo añade la de la palabra. Pero es tan inaudito el caso y ofrece tan copiosa materia á la investigación de psicólogos, fisiólogos, antropólogos, frenólogos y otros logos menores, que fuera temeridad meterse como en un laberinto en las anfractuosidades del cerebro humano.

Porque Inaudi y los que antes de él asombraron á sus coétaneos con prodigiosos cálculos é incomprensibles retentivas, nacieron ya dotados de esta facultad, ó mejor dicho, fué ya desde la infuncia incomparablemente más vigorosa que en los demás hombres. Pero el joven sacerdote que en la provincia de Pontevedra vivia oscuramente dedicado á la cura de almas no vió surgir en él las admira-bles facultades retentivas à que debe su re-ciente fama hasta después de convalecer de una grave enfermedad.

La evidencia de los hechos deja en este caso del todo arrinconados lu educación, el ejercicio, la práctica, él perseverante esfuerzo mental que en el común de las gentes son condiciones sinecuanónicas para que la potencia animica se manifieste y actualice. Parece como si en lo intimo de nuestro ser ardiera una chispa divina con fulgores de omnisciencia eclipsada por la tupida pantalla de la parte corpórea de nuestra personalidad. ¿Quien sabe si la dolencia sufrida por el ya famoso sacerdote Sayana dejaria algun desgarrón en la pantalla de su organismo fisico? Respondan los subios si á tanto llega su ciencia, y reconozcamos que aún falta por descubrir y estudiar en la naturaleza humana mil veces más de la descubierto y estudiado por cuantos se ufanan de saber que no sabemos cómo brota la flor del capu-Ilo ni cómo el pensamiento del cerebro, cuanto menos por qué un hombre cuya memoria no alcanzaba antes de caer enfermo á recordar los nombres de los cuneros de su distrito, es capaz, al levantarse ya sano de la cama, de recitar de corrido las fes de bautismo de todos sus feligreses, como Mitridates pasaba lista de memoria á todos los soldados, oficiales y jefes de su poderoso ejér-

Para mejor estudiar estas monstruosidades de la inteligencia humana, podria intentarse con los calculadores prodigiosos una prueba decisiva. En vez de presentarles los problemas ya planteados de modo que en su resolución no haya de intervenir el raciocinio matemático casi fonográfico de las operaciones algoritmicas, presentéseles el problema en enunciado, á ver si lo discuten y plantean con tanta facilidad y rapidez como lo resuelven luego de discutido y planteadas las correspondientes ecuaciones. Ahí está el verdadero problema psíquico de los calculadores prodigiosos.

ALFENIQUE

## Cartas de un filósofo rústico

TURISTA EN BARCELONA

La otra casta de seres privilegiados á quie nes aludo en mi anterior epístola, Pedro amigo, es la de los que manejan automóvil, ya sea come simples criados, ya come propieta-rios de esas máquinas que no has visto tú to-davía más que en las estampas. Dichoso tú que así solamente las has visto, en estampa.

Figurate que en esta colmena, y digo colmena, no sólo por lo enorme de la población, sino porque vive ella en celdillas yuxtapuestas, hay momentos en que en ciertos sitios no puedes dar un paso, por la aglomeración es-pantable de gentes, de carros, de coches, de tranvías, de toda suerte de vehículos... Pues en estos instantes, precisamente, es cuando á lo mejor ves llegar un auto de esos, como una exhalación, atronando el aire con los bramidos de unas bocinas que así Dios me salve como que parecen los de un toro bravo.

Como son tan brutos, la gente se aparta cuanto puede, porque prefiere la embestida de cualquier cosa á la de uno de esos autos, y ellos, en cuanto ven un huequecito de si paso no paso, por ahí se meten y si enganchan a uno lo enganchan y lo envian al otro mundo, y, si no, pasan como almas que lleva el dia-blo. No sabes los sustos que me he llevado con esto, así es que en cuanto de lejos oigo la consabida bocina, no paro hasta meterme en cualquier tienda y pregunto por el precio de lo primero que se me pone delante de los ojos: una tarde tuve que preguntar por el de unas ligas de mujer, que me huelo que debian ser para novia ó para algún caballero de la Ja-rretiera. Vieras tú con que socarroneria me vino y me contestó el mozo de la tienda y te reirás aún, como yo lo hago, de mi metedura

Bueno: pues estos atropellan así á la gente, y aún á veces matan á alguna persona, por las facultades que les concede la consabida gabela ó contribución «del Estado, de la Provincia ó del Municipio.» Como puedes comprender, esto le solivianta á uno y voy á pedir al Municipio, á la Provincia ó al Estado que cree una contribucioneilla ó suerte de ga-bela para poder atravesar al paso de esos autos cualquier cosa que les pare ó les tumbe en su loca carrera. Porque si pagas contribución ad hoc puedes hacer lo que te venga en

Yo, al principio, cuando veía correr tan desalados á esos autos, creí que iban á cum-plir alguna misión salvadora, alguna obra de misericordia de esas que requieren gran urgencia, como transportar heridos, ir a apagar incendios, visitar enfermos muy enfer-mos. Así se lo dije á un señor que á mi lado miraba en la Rambla, como yo, la carrera desenfrenada de dos de esos autos.

Miróme el caballero aquel con la misma sorna con que me había mirado el mancebo

de las ligas, y díjome:

—Si, si: á obras de caridad van esos; los unos á darse pisto por ahí ó atropellar galli-nas, perros, gatos y á tal cual hombre, mujer ó niño por los afueras y los otros á llevar y traer gente del «Edén Concert.» Edén Concert, Edén Concert... Con mi na-

tural penetración comprendí que había meti-do otra vez la pata y resolví desde aquel momento no hacer preguntas á nadie más que á los urbanos, que son unos ministriles con casaca roja y por lo serios que parecen no usarán conmigo de tanta socarronería.

Lo que ahora comprendo es la verdad de una gran verdad que lei hace tiempo acerca de los que usan ó abusan de esos autos. Lei que precisamente los que no tienen cosa alguna que hacer son los que van tan aprisa. Y ello parece que es exacto, pues para poseer un diablo de esos se necesita mucho dinero y ya se sabe que el que tiene mucho dinero no tiene ni debe tener prisa nunca. Son los que han menester hora y media para lavarse y vestirse, dos para cada comida y por ahí...

Pero ahora que lo pienso mejor, advierto que acabo de decirte una porción de majaderías; y es que si emplean estas gentes tanto tiempo en esas cosas, luego les falta tiempo

para ir... al Edén. Nada, nada, Pedro amigo; será cosa de día en día, al verme ante tanta civilización, me parece que voy siendo más rústico y menos filósofo.

Amigo y dueño: Ya no te hablo más de los seres privilegiados y contribuyentes, por temor de que me salga al paso algún arbitrista y me ponga como no digan dueñas, porque dirá que lo que estoy haciendo es ver si secan algunas fuentes de riqueza ó séase sacadineros para el Estado, la provincia y el municipio, y yo, lo que son rinas, no las quiero

A lo mejor puede salirte el honorable gre-mio de organilleros ó el suavísimo de los automovilistas y te ponen un pleito, ó viene una comisión de la sociedad de ellos y me da una paliza por meterme en lo suyo, cuando yo, la verdad, no me meto más que en lo mío, es decir, en la guarda y conservación de mi pellejo.

Y sociedades y gremios de estos los hay como monas en pocilga, según me dice el sabio y nunca bastante ponderado compañero mio de hospedaje, de quien ya te hablé. Como éste lo sabe todo, conoce hasta los reglamentos de estas varias sociedades.

Las cuales, según me enseña mi rustiquez, más que mi desmedrada filosofía, suelen no ser más que un pretexto para que uno se dé tono de presidente y otro de secretario y vengan comunicaciones por aquí y oficios por allá y paguen los demás la cuota correspondiente, y algún otro forme parte de la co-misión. Porque debo advertirte que aquí todo se resuelve nombrando comisiones y haciendo juntas. Por cualquier cosa se reune junta, pues sin junta y comisión no se puede dar un paso. Por esto tiene una tal fuerza cómica el personaje de una comedia de don Angel Guimerá que á cada dos por tres pide junta. Hay quien se pasa la vida en estos trotes.

Bueno: pues este huésped que te digo y á quien tengo que soportar en mis modestos yantares, conoce los reglamentos y la finalidad, como dicen ahora, de cada una de las

sociedades que te digo, y, por de contado, sus nombres. No te diré yo cuales son, de fijo; mas por lo regular suelen tener de común los nombres con la sociedad, lo mismo que un huevo con un saco de lentejas. A una sociedad, por ejemplo, de barberos, la llamarán «La Comisión capilar«, y á una de caldereros «La Armonía metalúrgica.»

Gobernador yo, no les consentiria este abuso y hasta que no me presentaran un nombre adecuado a la cosa no les permitiria que hicieran junta, que es el peor castigo que les puede dar á los mangoneadores de las socie-

dades que te digo.

Y no hablemos de las sociedades ó círculos formados por forasteros residentes aquí. Esto va aumentando de día en día. Primeramente fundo un Círculo la colonia francesa. Esto, al fin y al cabo, no está mal, porque puede ser un sistema de estrechar sus relaciones los de una misma nación y hay aquí muchos france-ses. De francesas nada digo, porque á ciertas horas, por la Rambla del Centro, no oyes más que mujeres hablando frances. A mí se me han dirigido muchas; pero como no entiendo jota de gabacho, levanto los hombros, me pongo la uña del pulgar entre los dientes, ha-ciéndola dar un chasquido, y ellas se van Rambla arriba riendo como unas locas.

Bueno: pues como te decía, no está mal que haya círculos para las colonias francesa y la alemana y la aragonesa y la castellana y la gallega y otras así, regionales; pero al pa-so que vamos, con el afán de algunos para ser presidentes ó secretarios de algo, las veo ó verás subdivididas en provinciales, comarcanas y por último locales, y así tendremos ó tendrán estos indigenas y trashumantes, circu-los matalaporquenos, alcañicenses y por ahí. Todo será que *cristalice*, como dicen ahora, el prurito de ser presidentes y hacer juntas.

Parece, según veo, el «ite» de todas las cosas está en esto de cristalizar. Cristalizan los pensamientos, cristalizan las opiniones, cristalizan los proyectos y aun los movimientos cristalizan. ¡Mira tú que cristalizar un movimiento! No busques cosa de provecho si no

Lo que yo quisiera es que cristalizaran en este mismo instante las dos manos y los brazos correspondientes del organillero que ha empezado, mientras esto escribo, á darme la consabida serenata.

Y así pongo punto y cierro la carta, porque en oyendo esta música no hay más reme-

EL LICENCIADO PABLILLOS.

## Hojeando la prensa

De La Epoca:

«El señor ministro de Hacienda se dedica estos días a estudiar, con uno de los principales proyectistas teóricos de aquel departamento,

proyectistas teóricos de aquel departamento, algunos bosquejos de proyectos ó de reforma de los presentados á las Cortes, para buscar el medio de elevar los ingresos del Tesoro, en vista de las desgravaciones hechas sin compensación, y de los considerables aumentos de gastos. No sabemos si se volverá al célebre proyecto del impuesto á las rentas, que con el nombre de reforma del gravamen sobre cédulas presentó el señor Cobián, ó si se piensa en gravar el capital directamente, ó por lo menos los depósitos y cuentas corrientes, como algunos piden. De lo que no hay duda es de que se trata de descubrir nuevas fuentes de ingresos para reforzar el Tesoro, que se halla exhausto, gracias á la política económica deplorable que sigue el partido liberal.»

De El Universo:

«A los que pretenden poner en duda el estado anárquico del vecino país, sólo les indicaremos el hecho reciente de la huelga de los corcho-ta-

el hecho reciente de la hueiga de los corcho-taponeros, que han llegado à incendiar varias fáhricas, impidiendo, además, que llegasen socorros y recursos para atajarlos, hasta poniéndose enfrente de las fuerzas del gobierno.

Ha sido este atropello de tal magnitud, que
ha levantado generales protestas entre la gente honrada de Portugal, dirigidas à los criminales incendiarios y à las torpes autoridades, que
no se atrevieron à reprimirlos, dejándoles entregarse à la más terrible anarquía.

También en el extranjero ha provocado
grandes y justisimas críticas y censuras, tanto
que los gobiernos de las principales potencias
pretenden presentar una reclamación diplomática para ver si así logran que Portugal se li-

ica para ver si asi logran berte del venenoso virus demagógico que le corroe y mata. Pero éste es sólo uno de tantos abusos, por

que allí se ha tolerado que las turbas canalles-cas y viles de la Carbonaria destrocen á machetazos la imprenta de El Correo de la Mañana, dando un hermoso ejemplo de su amor á la locancia, de su culto por la justicia y de sus condiciones de ilustrados, liberales y respetuo-

sos con la propiedad ajena. En los presentes tiempos republicanos de Portugal se ha dado el caso estupendo, único en la historia de los pueblos modernos, de que se hayan suprimido todos, sin una sola excepción, los diarios monárquicos y republicanos independientes, la mayoría por procedimientos tan

pendientes, la mayoria por procedimentos tan suaves y sencillos como el ya relatado de El Correo de la Mañana.

Ahora se respeta así á los extranjeros en el país lusitano. Ejemplo, el caso ya citado de varios jóvenes de Túy, que fueron invitados por otros de Valenza á jugar en dicha ciudad una partida de foot-ball, que no pudo terminarse por las interrupciones y canalladas de los portugueses republicanos, que se lanzaron á bofetado limpia sobre puestros paisapos mientras las da limpia sobre nuestros paisanos, mientras las autoridades locales se refocilaban con el su-

y no queremos continuar relatando vejáme-Y no queremos continuar relatando vejamenes, atropellos y abusos, pues llenaríamos todo el periódico, sin que por eso convenciésemos más á nuestros lectores, que seguramente comprenderán el estado de bárbara disolvencia, de demagogia furiosa y de completa anarquía que tiraniza y destruye á Portugal.»

De «Fabián Vidal» en El Mercantil Valenciano:

«Días pasados, en Vicálvaro, un alcalde conocido por el Kabila, dió permiso para que se
celebrara una capea. Hubo, en dos horas de espectáculo, un muerto, seis heridos graves y quince leves. Los que salieron ilesos se hacen lenguas de la diversión. Supongo que á los espectadores les sucedería lo propio.

Ya oigo á algún aficionado intransigente llamarme cualquiera cosa fea y sostener que las
corridos formales son artísticas que las capeas

corridas formales son artisticas, que las capeas son salvajes y que deben ser suprimidas las se-

gundas y las primeras fomentadas. No. Según graves doctores, la capea es necesaria para que la juventud aspirante á la borla,